

COMO SE HACE UN REY DE ESPAÑA Y (2)

por JOSE ANTONIO
GOMEZ MARIN

EL DRAMA



L breve paréntesis que fue el reinado de Amadeo se recuerda en los anales como una página triste y vacía. Pi y Margall, la honestidad hecha carne, escribió después que el recuerdo del monarca más le inspiraba lástima que cualquier otro sentimiento. Porque, la verdad, este coronado solitario, interino mediador en un proceso que no había ya modo de detener, tuvo que

pechar en España con la más enojosa dificultad que cabe oponer a un Rey: la soledad.

El drama de Amadeo —sus entreactos galantes, incluidos— constituye una página injusta y lamentable. El país entero le volvió la cara, olvidando que, en todo caso, su presencia más bien era un favor recibido que una prebenda usurpada. Pero los pueblos tienen flaca la memoria, y el español tenía, además, gastada la ilusión. A don Amadeo se le aplicó la medida antipática del pretendiente impuesto, porque él encarnaba, sin quererlo —es más, habiéndose negado en vivos términos—, el fracaso de los sueños septembrinos, la garantía de la Interinidad y la imagen malhumorada de un general Prim que quiso asumir hasta el lindero de lo inadmisibles la titularidad indiscutida de la Gloriosa.

RETRATO DEL REY.—Las primicias que traían desde Italia los señores de la Comisión no eran, ciertamente, para respirar tran-

quilos. Perros viejos —en el oficio, se quiere decir—, los adelantados del Congreso encontraron al Rey hombre de medianas entendederas y cortas luces, aunque distinguido y firme de criterio. No les complació, hasta el extremo de que uno de ellos —la «minerva» de Romero Robledo— opinó por exceso: «Es un idiota». Tal vez estos juicios poco favorables fueran la reacción interesada ante el equilibrio un poco estirado con que el nuevo Rey supo ir bandeando, en alta mar todavía, la intriga que ya le tejían en derredor los incansables enredadores de la política profesional. Unos y otros protestaban del cauto retraimiento de Amadeo y de la expectante demora que supo imprimir a las cuestiones de confianza, en medio de una borrasca —la mar parece que le obsequió con otra— de rencillas y trapisondas.

A un siglo de distancia, Amadeo parece, en efecto, un hombre corto de alcances, pero digno hasta la seriedad. Su figura le ayudaba por la prestancia cultivada y la sobria exquisitez, prendas que si no iban a calar hondo en el panderetismo majo, le servirían para defenderse con decoro en medio de la indiferencia. Porque, incurablemente ya, la España del XIX estaba por la estética gorda de los Reyes «simpáticos», de los regios «alternes», del trono con «tronío»...

Pero tuvo don Amadeo una virtud que hubieron de reconocerle —no sin alguna escaramuza— hasta los enemigos de la «montaña» republicana: el respeto a la Constitución. El hombre que no quiso ser Rey, que aceptó casi por imposición de su padre, hizo de su figura constitucional una pieza de ajuste para la observancia



El Rey, en la capilla de Prim: La suerte estaba echada.

DE UN HOMBRE SOLO

estricta del equilibrio político. Concebía el régimen, según los textos clásicos describen el inglés, como un mecanismo de inercia pendular, de automático desarrollo en el que no es aconsejable manipular. La Monarquía democrática debía ser un campo abierto a las tensiones, a la dialéctica de las fuerzas que componen el país, y funcionar como una «máquina», cabe decir automática, en cuyo trasiego el Rey no tenía sino que observar las piezas y proveer el lubricante: un árbitro, un «hombre bueno», un querube conciliador.

Amadeo pensó que tal vez pudiera hacer el juego con decoro. Era lógica esta confianza suya, porque, al fin y al cabo, las reglas no las dispuso él, sino los mismos prohombres que le daban el encargo. Es posible que el Rey concibiese el país como un enfermo de discordia pasajera y de malos humores revolucionarios, desde su óptica hecha a los modos políticos tradicionales. Poco iba a tardar en darse cuenta de que el mal estaba más abajo, en el fondo de la convivencia artificial que era la vida española desde siempre, y que ahora se deshacía, se desmoronaba por el efecto combinado de los nuevos tiempos y las nuevas ideas. Después de todo, no le faltaba razón a Vicens Vives cuando —no sin efectismo— atribuye a la «historia trivial» la idea de que muerto Prim se acabó la Monarquía, reclamando el problema del fracaso de Amadeo hacia el terreno más serio de la interpretación estructural. Mitad y mitad: lo de «muerto Prim se acabó todo» es tan cierto como decir que «vivo Prim tampoco se habría logrado» la ardua tarea de estabilizar la Revolución de Septiembre. Es decir, que Amadeo estaba

perdido sin la vigilante sombra de Prim; pero, aun con él, no habría podido, seguramente, con el fardo antihistórico de una España descoyuntada por el centralismo madrileño. Si para algo sirvió la Revolución que aún estaba pendiente, fue para evidenciar el desfase entre la imagen que la reacción tenía del país y las exigencias que «los nuevos tiempos» habían introducido en su estructura. Por eso, digámoslo de una vez, es tan propio y ajustado el nombre de Restauración con que se designa el período que sigue al paréntesis del «sexenio» revolucionario: porque lo que hizo Cánovas, por debajo de su alambicado bipartidismo, fue reconstruir el acuerdo senil de las oligarquías discrepantes —eso que Antoni Jutglar llama, con su fina precisión y en términos estratégicos, «el pacto triangular»—, reinventando, por así decirlo, el sistema patrio tradicional de la explotación.

AMADEO, EN ESPAÑA.—En la Cartagena «intransigente» que a poco iba a ser bastión de la Cantonal, esperaba a don Amadeo la nueva del asesinato de Prim. La atmósfera glacial ponía un acento grave a los apuros del momento. Pero no era ya ocasión de retroceder y, sin demora, el Rey se dirigió a Madrid, entre la distancia cortés y silenciosa de sus primeros súbditos.

Fue un viaje rápido —¡cuatro días de Cartagena a Madrid, por Murcia hasta Aranjuez!—, en el curso del cual pudo comprobar el Rey cuánta distancia mediaba todavía entre el pueblo español y sus buenas disposiciones. Ya en Madrid —un día en extremo rigu-

EL DRAMA DE UN HOMBRE SOLO

Amadeo jura
ante el Congreso.
Ruiz Zorrilla, sentado;
el Rey, de pie...



roso—, la comitiva real atravesó las calles, silenciosa y grave, por más que, al parecer, la figura del joven monarca impresionara gratamente al vecindario. Famoso se haría el saludo de Amadeo —el brazo describiendo un semicírculo a la altura de la vista—, que la suspicacia de gatos y manolas emparentó con la compleja simbología masónica, a rastras de la fama antipapista de que venía precedido. Imperturbable y como ensimismado —la mayoría de los testimonios coinciden en señalar la inexpresividad de su semblante—, don Amadeo se fue directamente a la basílica de Atocha, donde estaba expuesto el cadáver de Prim, y de allí, con visible emoción, al Congreso. Ruiz Zorrilla le tomaría juramento, sentado el presidente, de pie el Rey...

Amadeo «no calaba». El pueblo de Madrid le vio dirigirse al palacio de Buenavista, residencia de Prim, donde quiso complimentar a la viuda de su valedor, y luego, ya de retirada, hasta el de Oriente. Dicen que este primer gesto valeroso —que tenía valor iba a probarlo más de una vez— le granjeó tímidas simpatías entre el dispero gentío que la fuerte nevada se encargó de enfriar aún más. Cuenta Romanones que, ya en palacio, el nuevo Rey «no se sentía señor: apenas huésped».

PRIMEROS PROBLEMAS.—Pero la verdadera soledad de Amadeo, con todo y ser grande el sentimiento que le producía el despedo público, no estaba en la calle, sino entre bastidores de la comedia política. Nunca un soberano de

mejor voluntad conciliadora y de más fácil contentamiento se ha visto tan desasistido en la brega por los profesionales del Poder. Lo malo es que, en sus esfuerzos por poner en danza el mecanismo, se le fue a Amadeo una razón de base: que no era viable su famosa panacea de la imparcialidad.

Creó Amadeo que, siendo el Rey un mero espectador, un árbitro de las contiendas de partidos, la mecánica constitucional tenía forzosamente que funcionar. El imaginaba que el partidismo podía encajar en una disciplina rotativa, de modo que la política —a salvo «los principios», con un Congreso y un Senado electivos— no necesitaría de su mano más que para sancionar la ordenada convivencia de los grupos. El decía que estaba «con la mayoría de la mitad más uno», en la ingenua creencia de que lo demás vendría de modo natural, atraído por la lógica de esa mayoría. Por eso coloca Raymond Carr a este Amadeo simplista entre los inventores del sistema bipartidista, que más tarde sería la fórmula de paz entre las oligarquías acogidas a la tutela de Cánovas, pero que, de momento, era inviable por la sencilla razón de que no existían, a pesar del empeño del Rey, esos dos partidos.

El fondo de la cuestión hay que buscarlo, como siempre, en una panorámica ancha que englobe el sexenio entero. Porque la Monarquía de Amadeo fue un intento de reunificación de las fuerzas centro-derechistas que, en representación de las conveniencias burguesas, engendraron la Gloriosa. La llamada coalición —progre-

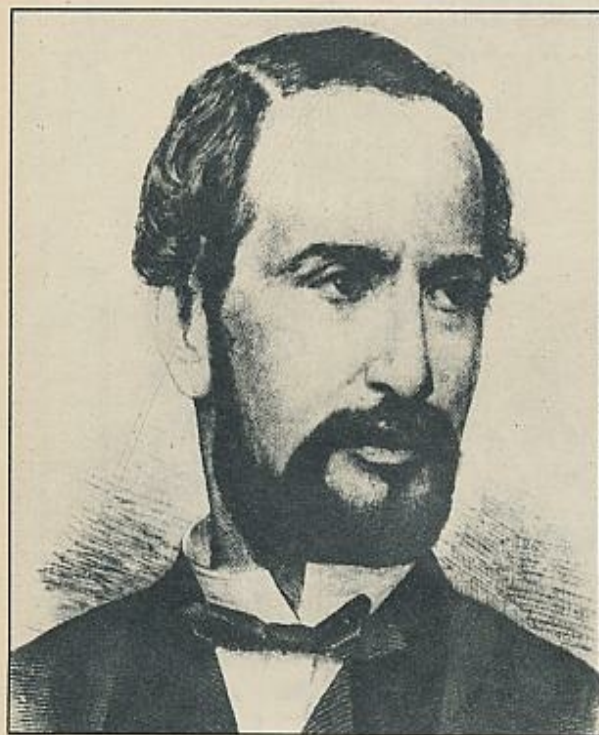
sista-unionista-demócrata— se reagrupaba por fin bajo los auspicios de una corona que bien podía servir de solución al atolladero de la Interinidad. Pero la coalición era un bloque artificial, en cuya estructura el Partido Progresista hacía de meollo adhesivo entre la derecha de la Unión y la adolescente democracia hispana. Y claro está que ese partido clave no podía sobrevivir unido tras la muerte prematura del general Prim, su jefe y su razón de ser. La rivalidad de los líderes iba a desgajar el progresismo de partido, rompiendo con ello la posibilidad de mantener los acuerdos de Ostende, pero sin permitir, en cambio, por su inmadurez, la constitución de un bipartidismo de nuevo cuño.

Aquí se puede apreciar la nada despreciable imaginación del Rey, en su intento de conseguir —fracasada la conciliación progresista— el afianzamiento de dos partidos, Conservador y Liberal, que ya virtualmente existían. Pero ni el personalismo que regia la concepción partidista permitía aún tal sistema, ni era posible instaurarlo sin liquidar de hecho los compromisos contraídos con la Revolución. Entre otras cosas, porque hubiera sido anticipar las realidades institucionales de la Restauración, y esa hora no había llegado todavía.

Por lo demás, el error de Amadeo consistió en creer que la imparcialidad era posible en el tinglado que Sagasta y Ruiz Zorrilla le tendían como una trampa. En realidad, era ilusorio pretender la imparcialidad entre los fuegos cruzados de dos partidarios que

se definían —en especial por el flanco izquierdo— como excluyentes. Si hubiera habido una verdadera estructura bipartidista, sobre la base del equilibrio recambiable entre Poder y Oposición —como la hubo bajo el patrocinio de Cánovas—, un Rey hubiera podido permanecer imparcial; pero en tiempos de Amadeo lo que había era un partido escindido en fracciones irreconciliables, que no respetaban ningún juego previo, sino que recababan, cada cual, todo el Poder para sí. Sagasta no consiguió domesticar a Ruiz Zorrilla, como luego le iban a domesticar a él la sagacidad y superior talento maniobrero —que ya era superar— de su oponente-aliado Cánovas del Castillo. Y, en fin de cuentas, esa es la razón última por la que Amadeo, tan a pesar suyo, no pudo permanecer imparcial: «El monarca, en estas condiciones —dice Carr—, no era un árbitro imparcial, sino un jugador más».

LA LEYENDA DEL REY GALANTE.—La oscura corte de Amadeo, más fue mentidero de segundos y corro político que verdadera corte. Del relumbrón isabelino no quedaba sino el susurro de las confidencias y una apacible familiaridad, que Rey y Reina extremaron con modestia. A la gente le gustó que los Saboya se recogieran en un alero de palacio, renunciando a la vastedad superflua del edificio. Los tratos parece que eran llanos y el talante doméstico de aquella María Victoria del Pozzo della Cisterna, tan burguesita después de todo, contribuía a la impresión descrita. Por



Sagasta,
jefe de los
«radicales»,
ensayó
con Amadeo
el juego de los
dos partidos.
Con el tiempo,
Cánovas
del Castillo
habría
de imponerle
a él el sistema
que ahora
no sería viable.



lo demás, la corte era exigua —hubo dificultades insuperables para confeccionar la «lista civil»— y el personal que por ella rondaba no exigía mayores etiquetas.

Para compensar los rigores de esa familiaridad, Amadeo profesó sin disimulo un cierto desenfado y una proclividad patente por el mujeriego alto, medio y bajo de la capital. Pronto cundió la leyenda de sus románticos galanteos, tortura de una Reina sentimental desde entonces encerrada en palacio. Popularísimo fue el romance que mantuvo con «la dama de las patillas» —la hija de Larra—, con el que un Rey Galante rendía tributo a la más castiza españolidad, al tiempo que procuraba el favor de un pueblo crónico admirador de las licencias reales. Lo que no quitó para que, Rey «democrático» al fin, acomodara don Amadeo el paladar a un variadísimo repertorio femenino, que iba de la dama linajuda a la hembra de postín, con recalo en el tocador de alguna «suripanta del coro», como se decía entonces en el argot de los bufos.

Para Amadeo, el auge de la leyenda galante no fue del todo perjudicial. El pueblo —siempre ausente y más bien de parte del parnasillo republicano— escuchó la historieta con amigable comprensión, pero sin dejarse atrapar —¡viva España con honra!— en la trampa de los «efectos especiales». Lo que sí prosperó, en cambio, fueron leyendas de María Victoria, «la sombra de palacio», cuya fama de mujer versada—era notable matemática y astrónoma, al parecer— y cuyas virtudes tras-

pasaron los muros del alcázar hasta alcanzar la opinión.

EL PESO DEL CASTICISMO.—

Sin favor multitudinario, Amadeo no pudo contar tampoco con la adhesión de las clases altas del país, que, comprometidas con el moderantismo o añorantes de los fastos borbónicos, vieron en él, desde la primera hora, al «Rey extranjero».

La aristocracia madrileña —esa nobleza urbana que fue el principal sostén de la corte isabelina— profesaba, por aquel entonces, el depurado credo casticista que le legara Isabel II, como un grupo cerrado y exclusivo, cortesano y parásito. Su oposición a la nueva dinastía fue feroz desde el día en que, con ocasión de la apertura de Cortes, declararon el boicot al exorno ciudadano, negando sus balcones a las colgaduras festivas. Y, con ellos, los «clubs» distinguidos, los encopetados cenáculos de la mejor burguesía, los reductos del montpensierismo y la zona de influencia de Eugenia de Montijo, exiliada en los Carabancheles, que ejercía de suma sacerdotisa en el templo, ya por entonces ruinoso, del aristocratismo tradicional. El Padre Coloma relata, en su popular «Pequeñeces», el incidente llamado «desafío de las mantillas», especie de manifestación del gineceo aristocrático que convirtió el Paseo de la Castellana en campo del honor castizo, que las altas damas —mantilla y peinetón en lo alto— reivindicaron sin éxito, porque la ocurrencia popular, imbuida de fervor republicano, añadió a la comitiva la pre-

sencia de otras damas, de vida aún más airada, que reencontraban, por este patriótico camino, la honra castiza con el pasaporte de una flor de lis.

En punto a gravedad era peor el despego del Ejército, dominado por los unionistas, y, en consecuencia, de filiación más o menos montpensierista, más o menos alfonsina. La Real Orden, disponiendo el juramento de fidelidad al Rey, no se cumplió en algunos puntos, contándose entre los sancionados varios capitanes generales, entre los que se encontraba, por supuesto, el propio Montpensier.

El Rey no tenía, pues, otra alternativa de apoyo que la fragilísima que le ofrecía el revuelto mundillo político. Y, en todo caso, en tan veleidosa adhesión iba a encontrar su más decisivo obstáculo. Porque, privado de su apoyo natural —la aristocracia— y ajeno a las simpatías populares, cualquier alianza que aceptara Amadeo implicaba, por la propia dialéctica de la situación, el choque violento con la fracción de enfrente. Su reinado, si de alguna manera cabe epigrafiarlo, fue, desde luego, el drama de un hombre solo.

LA MONARQUÍA, ENTRE DOS FUEGOS.—

Si hemos de buscar la última razón del fracaso monárquico, es preciso acercarse al fuego destructivo de los partidos. Durante el reinado de Amadeo, la política siguió por el cauce personalista que había labrado la anterior dinastía, aumentado, eso sí,

aquí y allá, en las curvas peligrosas que resultaban angostas para el «espíritu de septiembre». Es cierto, por ejemplo, que tanto los «constitucionalistas» de Sagasta como los «radicales» de Ruiz Zorrilla vadearon como fue posible los remolinos propios del pretorianismo puro, y que la experiencia del progresismo «civil» en el Poder —con Ruiz Zorrilla, claro está— era una importante novedad y, quizá, un fermento que iba a quedar ya para siempre entre las aspiraciones liberales. Pero, en el fondo, el partidismo no supo, bajo Amadeo, encontrar el camino de la democracia bien ordenada. Por eso dijimos más arriba que el error del Rey fue suponer madura la política española, al extremo de intentar un régimen bipartidista. Para que la «ordenada concurrencia» y convivencia de dos partidos gubernamentales pudiera intentarse, quedaba todavía por apurar el vaso amargo de la decepción republicana. Entonces, vencido el ingenio profetismo de los exaltados y «cargada de razones» la derecha, el sistema sería viable. ¿O no es cierto que la solidez canovista proviene de esta doble psicología que anulaba las pretensiones extremistas como utópicas y justificaba la hegemonía moderada como expresión de esa «libertad bien entendida» con que —como señala Jutjar— las burguesías nacionales y estratos afines consiguieron teñir de mediocridad el equilibrio liberal?

En esta perspectiva, no es difícil entender la ciega rivalidad entre los partidos, que arruinó las posibilidades de la Monarquía. Del seno del Partido Progresista habían salido dos facciones en apa-

EL DRAMA DE UN HOMBRE SOLO

Mantener el orden público resultó imposible, tanto en el período monárquico como luego en el republicano.

Los argumentos de la reacción burguesa se nutrieron principalmente de la indisciplina popular.



riencia iguales —es curioso comprobar la semejanza entre los programas sagastinos y los zorrillistas— que la lucha personal de sus líderes terminaría separando sin remedio.

Además, los dos caudillos de Amadeo tuvieron que vérselas en el palenque abierto de las Cortes, y esta circunstancia obligaba a una cierta diafanidad en los manejos políticos que hería en los ojos a una tradición política acostumbrada a la penumbra de los arreglos bajo la manta. Después de todo, no deja de ser admirable la experiencia amadeína en lo que tuvo de respetuosa y fiel para con los compromisos parlamentarios. Y no vale decir que las Cortes del período se confectionaban en el Ministerio de Gobernación —que es muy cierto—, porque la rivalidad hacia en ellas de clarificador inevitable y era, en fin de cuentas, una ventana a la calle que, tarde o temprano, terminaba abriéndose.

Era ese, precisamente, el drama continuo de un Rey que no consiguió disciplinar la acción política en un programa nacional. La ruptura Sagasta-Ruiz Zorrilla lanzó la política por una pendiente desorbitada de parlamentarismo inmaduro que salvaba, es cierto, el maltrecho espíritu de la Revolución, pero que terminó esterilizando la democracia recién estrenada. Los Gabinetes hubieron de limitarse por ello a la primordial tarea de subsistir lo más posible, ante el zancadilleo de la Oposición, sin tiempo para el siempre prometido reformismo ni para

nada que no fuese la propia y elemental defensa.

Todo ello, con el agravante de que las soluciones partidistas eran habas contadas y no disponía Amadeo para el juego sino de esos dos hombres. Espartero, a quien el Rey volvía de vez en cuando la mirada, no se avino ya a las emociones del Poder, y Serrano resultó un momio ineficaz que, con su retirada final, además, cortaba amarras con el unionismo, dueño del Ejército, como se había de ver, y detentador aún de un prestigio alto entre los bienpensantes de toda laya. La fugaz experiencia del Gobierno Malcampo demostró que no era posible gobernar sin el concurso de Sagasta o Ruiz Zorrilla. De modo que el Rey hubo de comprometerse, tuvo que entrar en el juego a su pesar y aceptar la regla política que implicaba conceder el favor a unos y excluir a los otros. No hay que decir que tal juego constaba de envites contados y que la partida había de terminar cuando el recambio —no acordado, sino impuesto— se agotara en sí mismo.

Tan dura tarea, como dijimos, tenía, además, que contar con la dificultad que suponía el control parlamentario, escrupulosamente respetado por Amadeo. El partido que perdía el favor real contaba con la libertad que le ofrecían las Cortes para coordinar su oposición. Y, para que nada faltara, sabía que podía contar con la colaboración estratégica de las minorías extremas —carlistas y republicanos—, que, fuertes en cada banda, por la propaganda

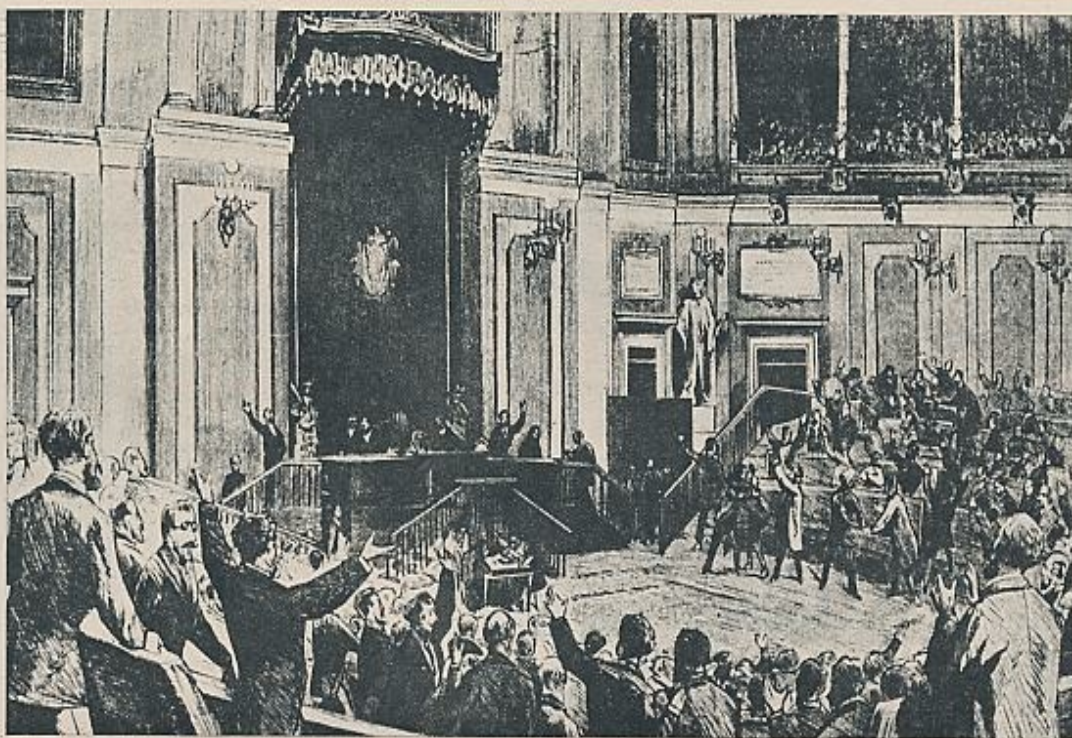
de guerra, la una, y por el clima revolucionario, la otra, no tenían otro objetivo en unas Cortes que hacer de corrosivo del Poder hasta que el fracaso de Amadeo les dejara el campo libre.

La atmósfera descrita favoreció el control implacable de la acción del Gobierno que los parlamentarios instrumentaban, sobre todo en torno a dos cuestiones centrales que muestran, una vez más, la supervivencia del «espíritu septembrino»: el abuso de autoridad, es decir, el abandono por parte del Gobierno del compromiso liberal básico, y la inmoralidad, o sea, el «agio» famoso de la época isabelina, que era como un símbolo en la estereotipada óptica progresista. Si se acusaba a un Gobierno de dictatorial o de agiotista, se le estaba echando en cara, de paso, su traición a la Revolución pendiente y, en suma, su «isabelismo». De modo que el ejercicio del Poder estuvo sometido, al menos en teoría, a una especie de ética puritana fiel a la Gloriosa, y posible tan sólo en el clima tenso que era propio de una situación falsa o, cuando menos, forzada, que tenía todas las trazas de un paréntesis abierto en la Revolución. La Monarquía democrática no poseyó nunca en España una entidad propia y suficiente. Fue más bien la solución de continuidad en que cada bando buscaba tiempo para equiparse debidamente: la izquierda, porque creyó poder dominarla con el apoyo de una opinión favorable y porque evitaba, de paso, el riesgo de personalismo que una Interinidad demasiado larga entrañaba; la derecha, porque perci-

bía la trampista final que «la cargaría de razón» para alejar definitivamente el espíritu liberal. En fin de cuentas, ya para entonces la derecha iba aglutinando sus efectivos alrededor del alfonismo restaurador, bajo la perspicacia previsor de Cánovas. Era el abandono decisivo de las burguesías y el fracaso de una experiencia que, iniciada por ellas, había querido renovar España. No faltaba ya para liquidarla más que las mentadas «razones» ideológicas que habían de hacer de sutura entre las rendijas que el despotismo borbónico abrió en la carne de la clase dominante. La propia lógica de los hechos, llevada en imposible línea recta por la ingenuidad exaltada, terminaría por dar esas razones, despertando el miedo primario de cuantos tenían algo que defender. Tan eficaz es, políticamente, la pobreza que inflama al proletario, como el sentimiento «conservador» que hace a las clases poseedoras tan decididas en la autodefensa. Cánovas, detrás de la cortina, lo sabía bien.

«YO, CONTRARIO».—Es fama que la torpeza de Amadeo para aprender la lengua española prestaba a sus determinaciones una cierta comicidad, que la oposición —hasta en el repertorio bufo de las variétés— supo aprovechar con gracejo. «Yo, contrario», por ejemplo, era todo lo más que alcanzaba su ingenio políglota para echar a pique las trampas del partidismo que, trabado por el control parlamentario, procuraba siempre contar con un Congreso a la medida. Se trataba de lograr

«La República es de todos; la República es para todos; la República es por todos»...
(Emilio Castelar)



que el Rey hiciera uso del derecho constitucional de disolver la representación y convocar luego unas elecciones que el amaño gobernante sabría disponer a su favor. Sagasta y Romero Robledo se llevaron, sin discusión, la palma en este indelicado menester, y hasta parece que el primero enjugó una vez los remilgos reales con esta frase que nos da la medida justa de su talante «radical»: «Esté Vuestra Majestad tranquila, que las elecciones serán todo lo puras que pueden serlo en España». Una vez más la mala conciencia de un representante de la burguesía sacaba del baúl de los tópicos añejos la explicación «ontológica» —ya básicamente prefascista— de una España «ingobernable», «inmadura» para la mayoría de edad política, «imposible» para la libertad.

Pero esta es otra cuestión —tan vieja como actual— que no debe detenernos. En tiempos de Amadeo, sin embargo, era cuestión clave, porque contar con «Cortes propias» era casi un presupuesto. Razón de más para que rindamos tributo, frente, pongamos por caso, a la marrullería incivil de Sagasta, a este don Amadeo que se recuerda en las crónicas cortito de caletre —y que lo era, a buen seguro—, pero que supo llegar al último tercio con la franja intacta. Si poco hizo —poco podía hacer—, no olvidemos que cumplió en el terreno difícil de la tentación del Poder, observando las reglas del juego mejor que los propios revolucionarios de septiembre. No deja de ser paradójico que la lección constitucional hubiera de dictarla en la España con honra un hijo de la muy

aristocrática Casa de Saboya. ¡Vivir para ver!

LA «GABBIA DI PA'CCI».— La última vez que Amadeo llamó a los radicales —tuvo que convencer a Ruiz Zorrilla, retirado en Tablada—, la suerte estaba echada. El régimen había agotado sus recursos con la retirada definitiva de Serrano, que arrastró tras de sí toda posibilidad de enlace con los unionistas, y Sagasta, por su parte, no tenía ya sitio en la desavenida familia monárquica. Las fuerzas disidentes iban a engrosar el partido que Cánovas organizaba en defensa del niño Alfonso, con el beneplácito creciente del Ejército y, en general, de todas las «gentes de orden» del país. Por el otro lado asomaba la ufanía republicana, que en cada trajín oía sonar su hora y a cada hora organizaba su trajín, engordando con los convertidos radicales y demócratas desilusionados. Y, en fin, el sagastismo, la opción derechista de Amadeo, se esfumaba de la escena, gastado por el uso —y el abuso— del Poder.

Nada tiene de extraño que, en estas condiciones, la política «civil» del amadeísmo empezara a dejar paso a una consideración meramente pretoriana de la realidad. Con quien el Ejército estuviera al final de este cuento iba a estar la salvación, aunque de momento —ya se había demostrado que el árbitro castrense seguía siendo el generalato unionista— no fuera fácil predecir la adhesión.

El papel del Ejército subiría forzosamente en un país que sostenía dos guerras al mismo tiempo,

una en su propio suelo y otra demasiado lejos. Quizá no se insiste lo suficiente en el decisivo papel que la guerra carlista y la secesión cubana tuvieron en el fracaso de la experiencia que se inició en 1868. Pero es cierto que, sobre todo en la etapa republicana final, esas contiendas fueron la sangría que arruinó al Estado y la fuente, por contra, que nutrió al aletargado pretorianismo, con el agravante de que ya estaban borrados para siempre los rasgos liberales que distinguieron al Ejército español hasta, seguramente, 1868. En adelante, la Revolución no iba a poder hacerse en España gracias al Ejército, sino, en el mejor de los casos, a pesar del Ejército.

JAQUE AL REY.—Así estaban las cosas cuando se planteó a don Amadeo —que acababa de concertar una laboriosa tregua con Ruiz Zorrilla— la «cuestión artillera». El Arma de Artillería, por razón de su mayor nivel de especialización técnica, siempre fue proclive a un sentimiento de casta, origen de su «escala cerrada» y alma del aristocratismo que le caracterizó frente a los otros Cuerpos, todavía vivo en tiempos del dictador Primo de Rivera en el espíritu de las «Juntas militares».

Lo que entonces sucedió bien parece una amplia y precisa maniobra de las fuerzas extrañas al régimen, encaminada a liquidar la Monarquía arruinando el candoroso intento final de Ruiz Zorrilla. El Gobierno designó al mariscal de campo Hidalgo para el mando de la Capitania General del Norte, en contra de la opo-

sición artillera, que le acusaba de complicidad en los desmanes ocurridos con motivo de la sublevación de San Gil. Que no fuera fundada la especie no podía evitar la decidida indisciplina de los artilleros, que se negaron a presentarse, como dispone la Ordenanza, originando así al Gobierno el espinoso problema de unas elementales sanciones. Lo mismo ocurrió en Cataluña, adonde fue trasladado Hidalgo. Hasta que Ruiz Zorrilla, advirtiendo el peligro de una imposición marcial que contaba con la aquiescencia del Rey, hizo «cuestión de confianza» esta «cuestión artillera» y ganó el debate. Era posiblemente la última victoria del progresismo español en muchos años. Pero Amadeo, militar al fin, se negó a firmar el Decreto por el que se aceptaba la dimisión de todos los jefes y oficiales del Arma, encomendando su reorganización y mando a subalternos y oficiales de Infantería. Tan elemental problema de disciplina acabó por desbordar la tolerancia del Rey y el candor de su ministro, que no se daba cuenta, al parecer, de la trascendencia de su energía. Y cuando exigió la firma del Decreto, también como «cuestión de confianza», el Rey, con una rudeza que no le era habitual, le contestó: «No será usted sólo quien dimita; también dimitiré yo». No estará de más decir que la Monarquía democrática moría ahora tan sólo formalmente, porque, de hecho, había muerto ya. El verbo culterano de Emilio Castelar estrenaba en el Congreso los timbres de una nueva retórica española: «La República es de todos; la República es para todos; la República es por todos»...

no tenemos



que mostrar más



todos ustedes distinguen que son, los auténticos

ski-jama®



meyba®

otro buen artículo de



MESTRE & BALBE SA

pentágono

EL DRAMA DE UN HOMBRE SOLO

Castelar
había vaticinado:
«Los Reyes pueden
descender
de una nube,
de un misterio,
pero no
de una urna».
En la desordenada
convivencia
española
—bien
lo sabía él—,
ese no era
el problema...



Amadeo se desahogaba en la intimidad: «Non capisco niente: siamo in una gabbia di pacci» («No comprendo nada: estamos en una casa de locos»).

FINAL DE PARTIDA.—No quedaba a don Amadeo sino despedirse de la Nación. Le despedida —escrita, según parece, al alimón entre el fiel Montero Ríos y don José de Olózaga— fue acogida en el Congreso con alivio. La asamblea vivía ya, de hecho, las primicias republicanas y entretenía el protocolario intermedio con los fuegos de artificio de la oratoria en boga. Castelar brillaba en la constelación de los Rivero, Martos y Figueras. Viejos y conversos republicanos armaban el tinglado de la exaltación ciudadana, mientras el pueblo se echaba a la calle mal pertrechado con la ilusión de unos cuantos retacos de contrabando. Aquí y allá —en Madrid, sobre todo— se dejaba oír la impaciencia de algún «¡Viva la República!», que vibraba como un acento circunflejo sobre la perplejidad callejera.

El Congreso oyó sin emoción el alegato del Rey, un documento, hay que decirlo, importante; si se tiene en cuenta el conjunto de nuestra historia constitucional. Recordaba el monarca la perturbación del país y su grandeza perdida, el carácter de contienda civil que revestía la crisis abierta desde septiembre del 68 y el «confuso, abrumador y contradictorio

clamor de los partidos», descubriendo así con tino la úlcera dañina de las pasiones políticas. España, a su entender, no tenía remedio «legal» y el Rey democrático no debía intentar otra cosa. La fidelidad escrupulosa de Amadeo se refleja en estas palabras que resuenan en la crónica española con un timbre único y desusado: «Imposible hallar el remedio para tamaños males. Lo he buscado dentro de la Ley y no lo he hallado. Fuera de la Ley no ha de buscarlo quien prometió observarla».

En los Jardines del Moro, camino de la estación del Norte, oyeron los Reyes aquellos anticipados vivas a la República. En Aranjuez comieron en la fonda de la estación con el resto del pasaje y, en Manzanares, el Comité republicano les cumplimentó con respeto y protocolo de circunstancias. Un viaje largo y mal programado por la descortesía gubernamental ponía punto final al drama de este hombre solitario. Amadeo guardaría toda su vida la amargura del fracaso y la nostalgia de lo que pudo ser y se frustró a manos de sus propios mentores. La «casa de locos» que era España abría sus puertas a «la de todos». Quedaba por ver si la República era capaz de rehacer la convivencia española ahora que la crisis tocaba fondo. ¡Malos tiempos para milagros! Se iba cumpliendo poco a poco el oráculo que Cánovas oficiaba en el siglo cómplice de los salones aristocráticos.